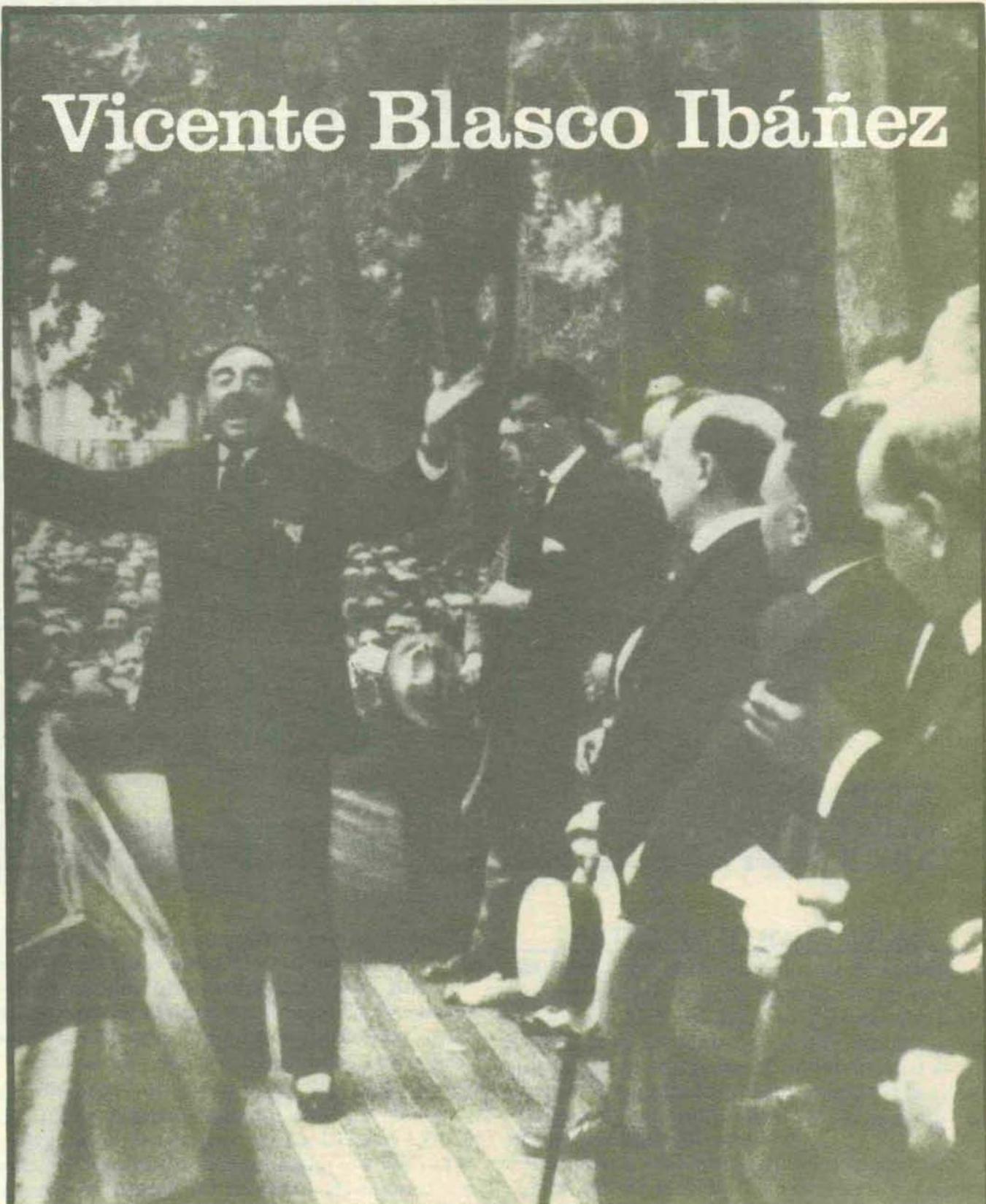


Alegoría satírica de Vicente Blasco Ibañez.

Recuperación de un escritor silenciado:

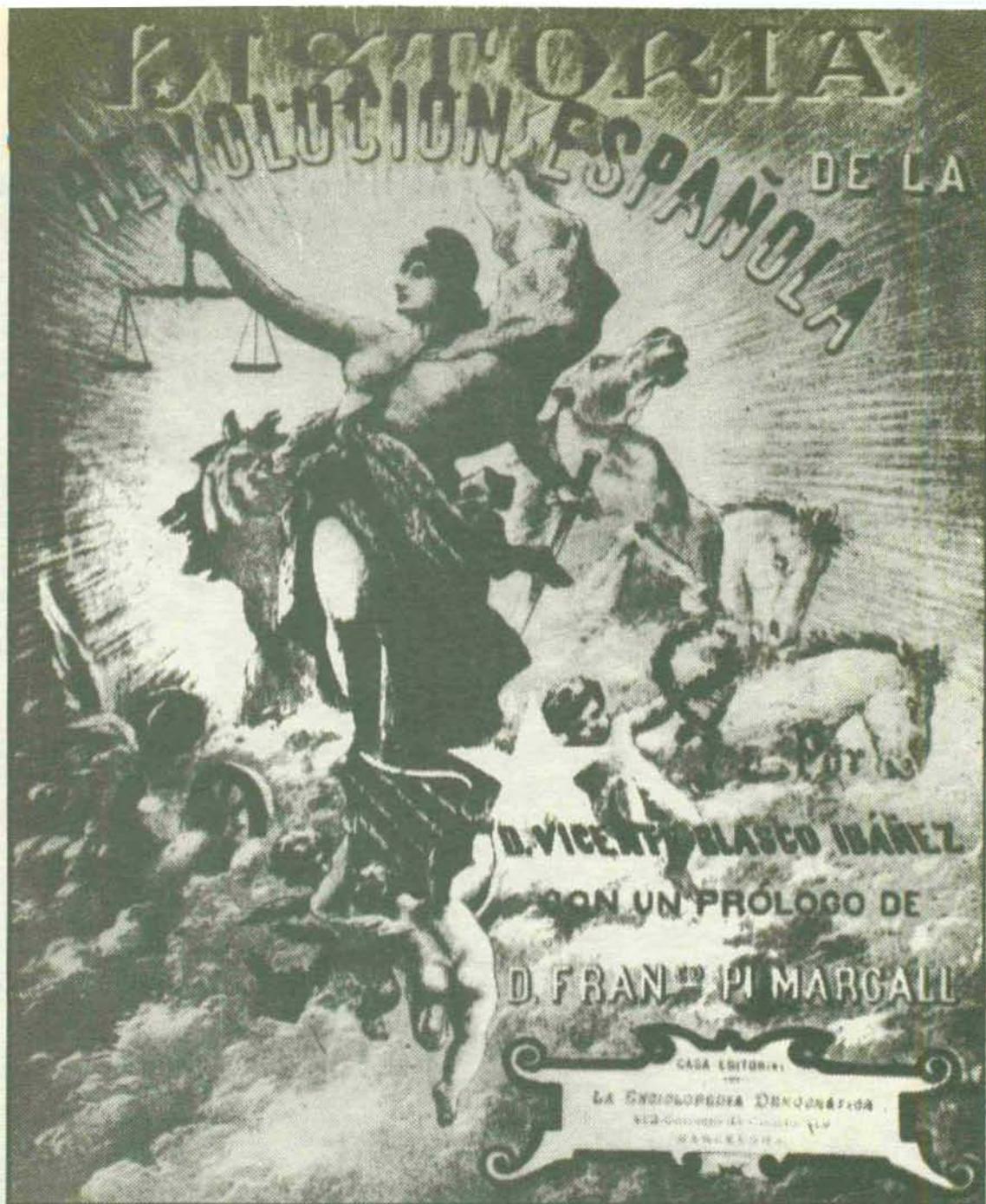
# Vicente Blasco Ibáñez



Blasco Ibáñez apelaba al sentimiento y al entusiasmo para realizar la «revolución republicana», manteniendo el raciocinio alejado de la política.

**Fulgencio Castañar**





Portada de la «Historia de la Revolución Española», de Blasco, con prólogo de Pi Margall.

### EN EL CUARTO DE ESTAR

Asistimos en los últimos años a un relanzamiento de la obra de Blasco Ibáñez, operación que, aunque concebida con fines meramente comerciales, no deja de ser beneficiosa para la depauperada cultura española. No es el revulsivo más indicado para salir de la atonía en que se halla inmersa; sin embargo, servirá para clarificar la valoración que desde la óptica de nuestros días puede tener una narrativa que en el primer tercio del siglo alcanzó tiradas masivas. De todos es conocido que durante los inacabables años del franquismo tuvo que sufrir la mordaza con que se quiso acallar todo lo relacionado con Blasco, como han atestiguado familiares y estudiosos de su obra. Es innegable el hecho de que a finales de los «cuarenta» Aguilar

editó obras con el atractivo de «completas», cuya lujosa encuadernación nada tenía que ver con la que habían conocido anteriormente y, no hace falta decirlo, a precios de élite: tres volúmenes que engalanaban bellamente el mueble del cuarto de estar.

En el relanzamiento actual ha ocupado un papel importante la labor difusora de RTVE, Circe a la que los tecnócratas han asignado la misión de atolondramiento colectivo; las adaptaciones —que en tal medio suelen ser sinónimo de manipulación— que Mur Oti ha realizado de **Cañas y Barro** y de **La Barraca** han permitido que unos entes ficticios con los que Blasco tuvo algo que ver llenasen unas horas del ocio de los telepacientes, al tiempo que les trasladaban a un pasado que muchos habrán creído medieval. Las dudas

sobre si lo que ofrecía la pequeña pantalla pertenecía al escritor o era de la cosecha del adaptador y el interés suscitado hacia la obra del escritor valenciano ha servido para que los editores se frotasen las manos ante la propaganda gratuita hecha en el mismísimo cuarto de estar, sin necesidad de tocar el timbre.

A socaire de esta actualidad hemos trazado unas notas con el fin de que contribuyan a desvelar algunos aspectos de la obra de un escritor que supo captar, en ocasiones, la problemática de su tiempo, por lo que sus páginas pueden ser útiles para conocer el ser y el actuar de los españoles de finales de siglo; en otras prefirió narrar asuntos lejanos en el tiempo y/o en el espacio, con lo que su novelar gana variedad y cosmopolitismo, pero pierde la fuerza subyugante que tenía para el lector de su tiempo cuando analizaba la vida cotidiana, aunque no siempre le acompañaba la misma calidad artística.

Blasco no tiene aún el ensayo crítico que interprete de una forma completa y desapasionada su quehacer literario. Su obra ha sido silenciada, cuando no ha recibido menosprecio y olvido, por parte de la crítica; no se le incluye en los estudios dedicados a la narrativa del siglo XX hechos por E. de Nora y José Domingo y se pasa sobre su obra como gato escaldado sobre el agua, con un par de párrafos, como sucede en el caso de Brown. Acaso el que su estética haya sido siempre rezagada puede haber influido en ello, pero en una línea similar habría que colocar a muchos de los escritores de los primeros decenios del siglo.

Carlos Blanco, en un libro que ha hecho fortuna entre los estudiosos de la crisis de fin de siglo, sitúa con propiedad a Blasco entre los componentes de la juventud del 98 (1). Es cierto que su imagen dista mucho de la que se nos ha transmitido del «grupo del 98», porque con frecuencia se ha olvidado, quizás más por interés que por ignorancia, lo que fue la juventud del 98, etapa en la que tanto los llamados noventayochistas como el escritor valenciano coinciden en una postura crítica contra el sistema imperante y en una actitud radical que abandonarían posteriormente. Luego, ciertamente, siguieron rumbos muy diversos, y a Blasco Ibáñez no se le pudo asimilar en esa imagen modélica con que se aureoló a los hombres de la llamada generación del 98 en los años cuarenta, cuando se intentó fertilizar el desierto cultu-

(1) Carlos Blanco Aguinaga: *Juventud del 98*, 2.<sup>a</sup> Ed. Crítica, Barcelona, 1978.

ral que era aquella España derruida sin advertir que ya en 1927 Bergamín había considerado a la literatura de los noventayochistas como muerta y los jóvenes de la Residencia de Estudiantes la incluían entre lo «putrefacto».

Son grandes las diferencias que hay entre el autor de *La Barraca* y los miembros del 98, como apunta C. Blanco, frente a la sobriedad expresiva del grupo, la exuberancia del Blasco, frente al carácter contemplativo la energía desbordante del hombre de acción, frente a las tiradas raquílicas las ediciones por millares; sin embargo, tuvo que pesar más en los comisarios culturales del franquismo el hecho de que Blasco no cediese ni un ápice de su filiación republicana en su madurez, pese a que su literatura se edulcorase muy pronto, con lo que su radicalismo juvenil nunca pudo ser perdonado como una «calaverada» de juventud, aparte de que aún pervive en determinados sectores del proletariado y pequeña burguesía valenciana viva la influencia del escritor; y, sobre todo, en unos momentos en que interesaba alejar al pueblo de la política, no era muy apropiado airear a un escritor que había sido diputado en más de seis ocasiones. Igualmente tuvo que pesar lo suyo el hecho de que Blasco hubiese vivido abiertamente de espaldas a la moral social en lo que a la vida conyugal se refiere —momentos del nacional-catolicismo de triste recuerdo para la Iglesia española—, lo que resalta más si lo comparamos con la anodina vida erótica de los del 98, que en ocasiones llegarán a claras posturas misóginas (2).

En el olvido hacia Blasco por parte de la crítica pudo influir el distanciamiento que el escritor de *La Malvarrosa* mostró hacia la «sociedad literaria» madrileña, a la que no se incorporó de lleno cuando residió en la capital del reino; si bien participó en cuantas empresas culturales señalan el deseo de renovación de los sectores progresistas de la pequeña burguesía liberal, también fue proverbial su desdén hacia las tertulias de literatos donde se fabricaba parte de la gloria y el ocaso de las figuras del momento. No olvidemos que en un país tan centralizado como el nuestro la consagración pasa por el meridiano de Madrid. Por otra parte, si tenemos en cuenta que en nuestro país ha predominado una crítica hecha desde una óptica formal, aunque sin grandes pretensiones científicas, no será difícil comprender el menosprecio hacia escritores cuyas orientacio-

(2) Estudio de Serrano Poncela incluidos en *El Secreto de Melibea*. Taurus.

nes ideológicas, como apunta R. Bosch, no coinciden con las del propio crítico.

Aún no está suficientemente aclarada la posible influencia de su postura personal dentro del republicanismo español de principios de siglo en su valoración como escritor; desconocemos qué incidencia pudo tener su polémica y rivalidad política con Rodrigo Soriano de cara a su consagración como figura señera de la literatura y como tal reconocida por los intelectuales madrileños entre los que ocupaban un puesto de honor los santos del republicanismo español del momento, como Azcárate, Castrovido... y Galdós, quien presidiría un homenaje a Soriano en 1906, cuando en Valencia ya se hostigaban blasquistas y sorianistas.

### EL PENULTIMO «SUISTA»

Todavía no se ha vertido mucha luz sobre lo que podemos considerar como el período prehistórico de Blasco; esos años —inicios de la década de los «ochenta» del siglo pasado— en los que se reafirma una vocación literaria ya gestada en sus años juveniles a través de la lectura de folletines y novelas por entregas; años en los que en su interior se produce una crisis de conciencia que le lleva al abandono del hogar familiar y a adoptar una postura pública de rechazo al sistema imperante; años de formación al contacto con la vida cultural del Ateneo valenciano y de gozos y

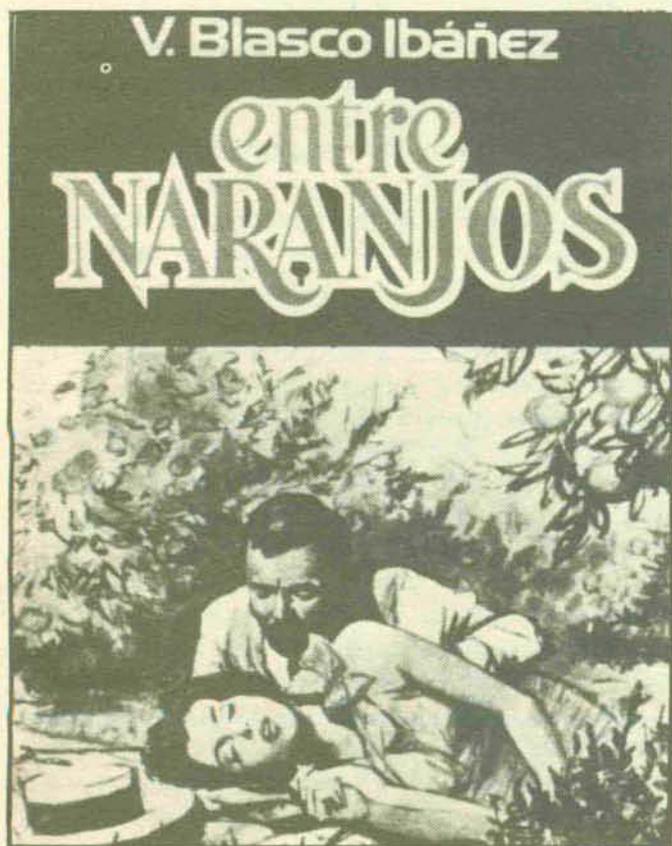
frustraciones ante los primeros escauceos amorosos.

Como consecuencia de su formación literaria sus primeros cuentos y novelas están relacionados con los asuntos sentimentales, históricos y legendarios que llenaban la literatura de consumo del momento, sin que se refleje en ellos la estética que centraba la polémica de aquellos años: el naturalismo; con lo que Blasco se muestra como un escritor de estética rezagada y despreocupado de cuestiones teóricas, algo que pesará como una gran losa en su producción posterior.

A medida que aumenta su participación en la política activa su novelística se aleja del conformismo moral y social que despiden sus obras iniciales en las que sigue pautas del que fue su patrón, Fernández y González, en su escapada a Madrid, para pasar a concebir la literatura como un medio eficaz para la difusión de unos ideales políticos con los que se siente totalmente identificado, aunque los problemas concretos los plantea a través del periodismo o del folleto.

Si a esta concepción de la literatura unimos la relativa apertura propiciada desde 1883 por Sagasta —tan relativa que Blasco tendría que poner tierra por medio, e incluso mar, en repetidas ocasiones y cuando prefirió quedarse tuvo que soportar frecuentes procesos acompañados de encarcelamientos— comprenderemos cómo Blasco entronca con la orientación inicial que la novela por entregas tuvo en nuestro país cuando allá por 1844 Ayguals de Izco creó la narrativa de asuntos y preocupaciones nacionales en lo socio-político, siguiendo **muy de cerca** la técnica literaria de Eugene Sue. Se produce, pues, en los años «noventa» una reconversión de la entrega: vuelta a los orígenes de los que se había separado a medida que la legislación de imprenta, fruto del ascenso al poder del moderantismo de Narváez y de los grupos económicos que le apoyaban, había ido poniendo barreras que el negociante de la entrega, el editor de turno, iba superando por medio de desvíos hacia caminos menos comprometidos, como el sentimental y el histórico; camino que resulta casi obligatorio cuando en 1853 se crea el «glorioso» cargo de censor de novelas con el fin específico de combatir el peligro que suponía para el hogar tradicional tan nefastas hojas semanales, según consta en el preámbulo de la ley.

Más que la dificultad para encontrar la producción folletinesca de Blasco —el lector cu-



rioso puede consultarla casi en su totalidad en la Biblioteca Nacional—, su extensión y sobre todo la baja calidad son razones que pueden haber influido en la falta de un análisis serio de esta que denominamos prehistoria de Blasco y también del folletín en general.

La reciente publicación de **La Araña Negra** ha permitido al lector actual ver las relaciones que Blasco tiene con la tradición de los folletinistas españoles que imitaban los pasos literarios de Eugene Sue. Concretamente relacionada con **El Judío Errante** está toda la fronda antijesuítica que vertebra la acción de esta novela y numerosos detalles episódicos. Pero quizás sea mayor la influencia de Ayguals de Izco en aspectos de técnica literaria, pues del escritor de Vinaroz procede la combinación de lo propiamente novelesco con un entramado de hechos históricos como elementos axiales de la trama; así podríamos señalar numerosas concomitancias entre **La Araña Negra** y **María o la hija de un jornalero**, y sus continuaciones. La conciencia de lo artístico que ya posee el joven novelista le lleva a prescindir de los farragosos recursos extra-literarios tan frecuentes en **María** y, sobre todo, a insertar los sucesos históricos en la trama novelesca, como ya había hecho Galdós, sin necesidad de recurrir a la copia de documentos que en el caso de **El Palacio de los Crímenes**, de Ayguals de Izco, convierten la novela en un auxiliar inestimable para el historiador que quiera profundizar en el conocimiento de los gobiernos de Narváez y en la revolución del 54, pero que, al mismo tiempo, convierten a la novela, con mucho, en la peor de la trilogía (3).

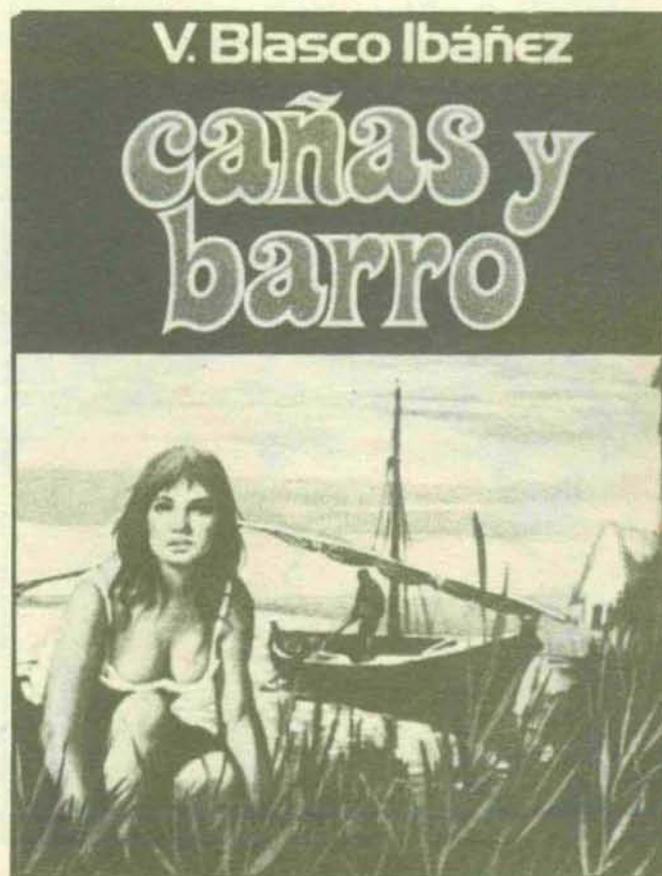
Sin embargo, es preciso resaltar que Blasco va mucho más allá del reformismo político de corte democrático que Ayguals propugnaba en sus obras, consecuencia lógica de lo que había sido la evolución de la corriente progresista en los casi cincuenta años que median entre la publicación de ambas obras; en el último decenio del siglo XIX ya se había clarificado de una forma nítida hasta dónde podía llegar el carácter revolucionario de aquella burguesía liberal que aparecía en **María**, pues una vez instalada en las esferas del poder tras la «Gloriosa» y la Restauración se dedicó a conservar la posición adquirida sin intentar modificar las estructuras socio-económicas del país y, principalmente, tras haber dejado a un lado a las masas obreras que habían colaborado en el cambio de régimen en septiembre del 68.

(3) Esta novela incluye más de una treintena de documentos históricos.

Blasco representa a los sectores disconformes del consenso alcanzado entre el Ejército, Nobleza, Iglesia y Burguesía para la Restauración Borbónica, con la vuelta atrás que esto significaba, y su novela quiere ser la manifestación de esa disconformidad —crítica duramente a los sectores anteriormente citados—, al tiempo que presenta como alternativa una República democrática y federal; la novela conlleva, además, una buena dosis de consolación para los seguidores de Ruiz Zorrilla, Pi, Salmerón... en unos momentos en que sentían el desencanto como consecuencia de las frustradas intentonas republicanas, tanto por la vía del pronunciamiento como por las insurrecciones populares, y se estaba produciendo una atomización de los grupos republicanos.

La consolación, inherente al folletín como ha visto Umberto Eco, la expresa a través de imágenes simbólicas de corte romántico —Sue al fondo— que veremos después en numerosas novelas sociales con el fin de proyectar, cuando se colocan al final de la obra, el tiempo novelesco hacia el futuro haciéndolo coincidir con el tiempo real del lector; entre ellas ocupa un lugar importante el fuego como elemento purificador de cuyas cenizas saldrá después la sociedad soñada.

*«Ese incendio del cielo es la imagen del porvenir. El fuego todo lo purifica, y en la actualidad*



resulta el único remedio. (...) Un fuego que todo lo devore, una inquisición que respete las personas, pero que convierta en cenizas todas las instituciones caducas del presente... He ahí el más bello porvenir de la humanidad!» (4).

### PERIODISMO AL SERVICIO DE LA REVOLUCION

«Nuestro diario viene a combatir lo existente, a fustigar la horda de explotadores sin conciencia que la restauración monárquica trajo consigo, a recordar que la situación presente debe morir como nació, por un golpe revolucionario. Viene a trabajar, en la medida de sus fuerzas, por el triunfo de la República, con todas sus naturales y lógicas consecuencias, y, al mismo tiempo, por sus condiciones editoriales, se propone contribuir, aunque humildemente, a la cultura de base popular» (5).

Estas palabras tomadas de la presentación del diario «El Pueblo» (1894-1906) nos ponen de manifiesto cuáles serán algunas de las metas que se propone conseguir Blasco en una etapa que será crucial en su vida. El periódico, expresión del ideario y de las intenciones del escritor, saldrá adelante gracias al entusiasmo desbordante con que se enfrenta a las múltiples dificultades que le asedian sin cesar. El cariz populista que aparece en oca-

(4) Blasco Ibáñez: *La Araña Negra* (2), ATE, 1975, pág. 556-557.

(5) «El Pueblo», 12-XI-1894, citado por Pilar Tortosa en *La mejor novela de V.B.I.: su vida*. Prometeo, Valencia, 1977, pág. 137.

siones en sus escritos tiene la contrapartida de una vida sacrificada por completo a la difusión de «la idea», malviviendo al acorralado de las máquinas de impresión para dedicarse a las altas horas de la madrugada a la creación literaria que también verá la luz en las páginas del diario en esa fórmula mercantilista que es el folletón.

Suele considerarse la colaboración en la prensa de los escritores como una obra menor, indigna de figurar en los volúmenes de «obras completas», pese a que se le confiere gran importancia a la hora de configurar la personalidad literaria del escritor, como sucede en los casos de Sender, Delibes...; con Blasco sucede igual, tal vez agravado por el hecho de ser su periodismo una fórmula de ataque a todo «lo existente», perífrasis con la que se encubría todo el sistema establecido, tanto de valores morales como de instituciones; por esto ha sido preciso tender un tupido velo sobre esta parte de su producción.

León Roca, ya en 1970, en su denodado interés por la obra de Blasco Ibáñez, dio a conocer algunas preocupaciones fundamentales que llenaron «el artículo del día» durante la existencia del periódico, al tiempo que elaboraba un índice de títulos y fechas de los artículos publicados por el escritor republicano en esa sección; el libro se insertaba también en la lucha por la normalización de la lengua valenciana como vehículo de expresión cultural tras el eclipse impuesto por la represión que siguió a la guerra civil. Recientemente P. Smith ha hecho una selección de artículos que viene a completar la visión fragmentaria que teníamos por las citas de León Roca (6).

El radicalismo inicial se va limando en algunos aspectos a lo largo de los años en proceso paralelo al del republicanismo a lo largo de los «años noventa»; así vemos cómo en los primeros momentos rechaza la lucha legal a que les quiere llevar Cánovas con el fin de que participen en la vida parlamentaria. Blasco opone la revolución en la calle como único medio para llegar a conseguir su meta política, pues es consciente de la anulación de la labor legislativa por la mordaza del Gobierno y de todo lo inmoral que tiene el parlamentarismo de su tiempo que responde a los intereses de los caciques y que es el triste resultado del poder económico de una

(6) El libro de P. Smith *Contra la Restauración* lo publica *Nuestra Cultura* en 1978; el de León Roca, *Blasco Ibáñez, Política y periodismo*, lo había editado Ediciones 62 en 1970. Posteriormente León Roca, en edición propia, ha recopilado artículos *Anti-Restauración y Pro-República*.



El matrimonio Blasco Ibáñez.

oligarquia capaz de comprar los votos necesarios (7).

No es preciso decir que su claudicación en este sentido le permitirá dejar oír su verbo detonante en las sesiones de las Cortes en una larga serie de legislaturas. No obstante, sigue manteniendo su fe en una «República de carácter social», a diferencia de los viejos republicanos que sólo apuntan a una mera sustitución institucional en la cúspide.

Muy próximo a la ideología de los líderes de los movimientos obreros —en su origen podríamos señalar posiciones que hacen referencia al bakunismo, aunque después pasaría a posiciones afines al partido socialista—, Blasco analiza en estos años la situación de la vida política nacional y local desde la óptica del proletariado; aplaude las presiones de los socialistas que reclaman sus concejalías en algunos municipios de las que son despojados en base a excusas de forma que no son más que el exponente del miedo que siente la sociedad burguesa ante el apoyo popular que respalda a los obreros, agudizado ante el pavor a los métodos violentos que emplean en algunas regiones determinados sectores del anarcosindicalismo, pánico que es aprovechado por el Gobierno para reforzar las medidas represivas.

Con una clarividencia no frecuente en los escritores de su época —la mayoría de extracción burguesa—, advierte a sus lectores la existencia de una dicotomía fundamental en la sociedad, burguesía - proletariado, y cómo el Estado responde exclusivamente a los intereses de la minoría burguesa.

*«El Estado actual es burgués, y como burgués hostiliza a la clase trabajadora valiéndose de hipócritas procedimientos. El Estado actual no perdona el momento de ahogar con sangre al proletariado» (8).*

Si en sus escritos encontramos ideas aún válidas hoy día, en ocasiones resulta poco zahorí como cuando afirma que la huelga como «arma de combate» está «próxima a caer en desuso».

Critica al PSOE por su negativa a la colaboración con los partidos burgueses radicales y republicanos, pues Blasco está convencido de que únicamente con una burguesía progresista podrán mejorar las condiciones de la clase trabajadora. Es de señalar que Pablo Iglesias en esa época —«años noventa»— está radicalizado en una postura frontal burguesía - proletariado sin posibilidad de

(7) Conferí artículo «Cuánta asquerosidad», incluido en el volumen de P. Smith.

(8) Idem «La Reforma» (pág. 95).

V. Blasco Ibáñez

## ARROZ Y TARTANA



un entendimiento mínimo; Jaime Vera lo explica por la necesidad de organizarse que tenía el movimiento obrero, y no será hasta la reacción maurista tras los acontecimientos de la Semana Trágica de 1909 y el recrudescimiento de la guerra de Marruecos cuando se avenga a la colaboración —Conjunción Republicano - Socialista— que justifica como una exigencia del interés nacional —no sólo obrero— ante los rumbos por los que conduce al país la Monarquía en aquellas fechas.

Singular interés puede tener la postura que «El Pueblo» sostuvo durante el conflicto cubano diametralmente opuesta a la de la prensa burguesa que hacía especial hincapié en la necesidad de defender el honor nacional. Blasco pondrá en entredicho ese honor al descubrir los hilos axiales de un entretejido económico que obligaba a llevar adelante las acciones militares. Junto al rechazo de la guerra en sí y al transfondo económico que la alienta late en sus artículos mordaces una acusación tremenda contra un sistema que manda a enfrentarse con una muerte más que probable únicamente a los hijos de los pobres, como «un rebaño gris». El fraude, malos tratos, la penuria económica en las recompensas, la falta de víveres y, sobre todo, la desigualdad entre burgueses y proletarios serán algunos de los puntos críticos que Blasco airee a la luz pública.

En un ferviente republicano no es de extrañar que con motivo de la guerra de Cuba los dardos lleguen hasta el Palacio Real; si la Monarquía, pese al fracaso, no se ha derrumbado —asegura— ha sido porque era precisamente una guerra «colonial»: «Cuba está lejos y el país no conoce la verdad».

Pero Blasco Ibáñez no se queda exclusivamente en este nivel de crítica política —pasamos por alto su controvertida posición ante la cuestión «regional»— sino que refleja también con su pluma otros campos de la vida española como pueden ser el atraso en el desarrollo científico, la penuria en que se mueve el profesorado que él no lo reduce, como el dicho popular, al maestro de escuela sino que lo hace extensible a todos los niveles; ahí está como botón de muestra ese catedrático de Instituto que deja sus lecciones de Filosofía para lanzarse a los ruidos con el fin de convertirse en un émulo de Pedro Romero.

Conectada con la postura del 98 está su visión de la «Fiesta Nacional»; sus argumentos antitaurinos, que nos parecen provenir directamente de Jovellanos, aunque Blasco profundiza más al hablar del embrutecimiento de los españoles al contacto con las corridas, no alcanzan la virulencia que podemos observar en la obra de alguno de sus coetáneos como Eugenio Noel.

El arte —ya no nos referimos al de Cúcharres— tendrá cumplidas páginas en el diario, principalmente cuando el escritor hace peregrinaciones forzadas por la ira de los gobernantes, lo que aprovecha para dar información sobre ciudades, iglesias, museos..., algunos artículos integrarán más tarde el volumen **En el país del arte**, y otros serán la base para descripciones insertadas en alguna de sus novelas.

Como punto final queremos señalar su interés por la literatura francesa, especialmente por Zola en los momentos críticos en que el autor de **Germinal** se enfrentaba a las autoridades francesas en el caso Dreyfus; admiración que se reflejará en su obra narrativa hasta el punto de haber sido considerado por la crítica como el Zola español.

### **EL PAIS VALENCIANO EN LA NARRATIVA DE BLASCO IBÁÑEZ**

Simultáneamente a este periodismo de combate del que acabamos de trazar un bosquejo superficial, Blasco se propone adentrarse por la selva de la literatura con mayúsculas y en vez de seguir las pautas que marcaban las grandes figuras del momento prefiere sintonizar, porque se adapta mejor a su temperamento e ideología, con la narrativa de Zola, pese a la polémica que levantara en la década anterior en nuestro país



Juan Carlos Naya y Alvaro de Luna, intérpretes de la versión televisiva de «La Barraca», de Blasco Ibáñez.

desde que la Pardo Bazán iniciase la publicación en el periódico **La Epoca** de los artículos sobre el naturalismo que recoge el volumen **La cuestión palpitante**. Blasco cree desde su disconformidad con el sistema imperante que la fórmula naturalista es válida para poner al descubierto, ante una sociedad satisfecha de sí misma, las lacras que laten en determinadas áreas. La capital del Turia será su primer foco de atención y la degradación de la nueva burguesía su primer tema que, por exigencias de tiempo y material para el diario, irá desgranando al compás de los primeros números.

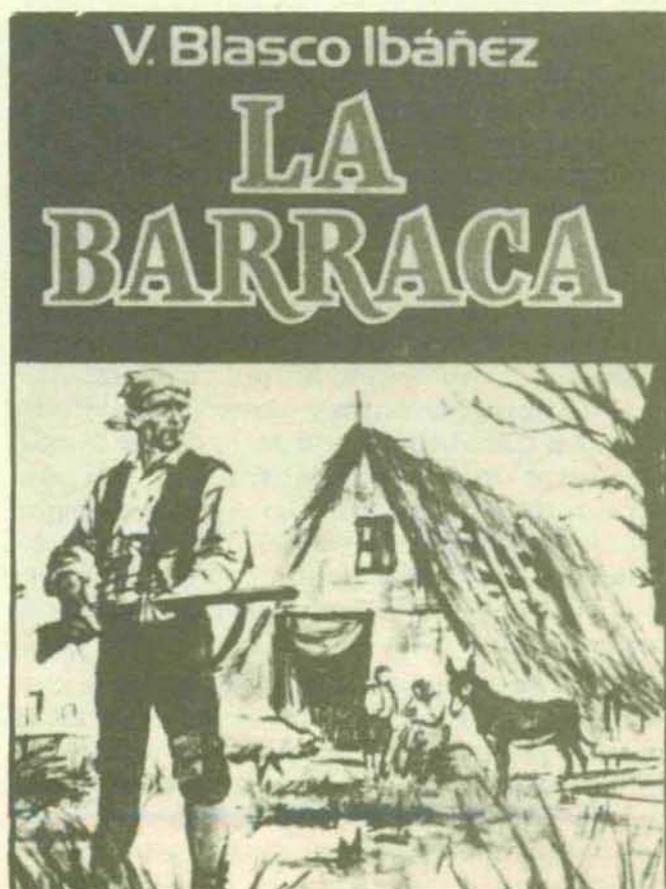
Nace así una serie de novelas, totalmente independientes entre sí, que por ceñirse a la vida del País Valenciano han sido consideradas como costumbristas por Montoliú, Valbuena y otros; sin embargo, difieren de lo que es el clásico costumbrismo del siglo XIX, pues si bien aparece en ellas el paisaje y, sobre todo, modos de vida típicos de los sectores valencianos involucrados en la acción novelesca, el enfoque de la temática no tiene nada que ver con el conservadurismo ideológico expuesto a través de una anécdota idílica y moralizante cuando no se recurre a recursos extraliterarios —que viene a decirnos que todo tiempo pasado fue mejor. Es innegable que por exigencias de la técnica utilizada acumula muchos detalles relacionados

con el espacio, costumbres y expresiones propias del lugar y tiempo en que sitúa la acción, por lo que puede hacerse a través de su obra un panorama del «costumbrismo regional» como el realizado por Betoret - Paris; sin embargo, insistimos, su finalidad es muy distinta.

Frente a la visión folklórica de los costumbristas, Blasco intenta dar una visión más profunda de la realidad en toda la complejidad del entramado de las relaciones humanas y, lo que es más importante, con una valiosa fundamentación histórica, aunque en ocasiones hace concesiones fáciles al público del folletín. Su interés por lo histórico permite al lector de hoy entrar en contacto con una etapa crítica de la sociedad española como es la crisis de fin de siglo, momentos en que la burguesía no ha encontrado todavía el camino idóneo para la industrialización y en los que los campesinos se aferran a un tradicionalismo que les impide afrontar con éxito la modernización impuesta por el progreso social.

Encontramos en este ciclo una gran variedad de temas; la mayoría de ellos encarnados en asuntos de la vida rural, pues Blasco, tras clavar sus afilados dardos en la burguesía valenciana en su primera novela, buscará nuevos lugares, ambientes y problemas —obsesión continua a lo largo de su vida— con lo que se aleja así de la conflictiva vida local, centro de su quehacer político, para cuya expresión utilizaba el periódico.

En **Arroz y Tartana** hace un retrato acre de la burguesía local: unas vidas vacías, movidas únicamente por el afán de aparentar, y la degradación a que son capaces de llegar cuando, para mantenerse dentro de la esfera social de los privilegiados, se recurre a cualquier tipo de medios sin tener en cuenta su moralidad. La lucha del hombre con la naturaleza será el motivo central en diferentes cuentos y novelas en las que Blasco presenta al lector la vida de 'os hombres de la costa tanto en su lucha en alta mar —marineros de cuerpo encallecido por el trabajo y alma endurecida por el sufrimiento— como en la costa misma, ahí está la gesta solitaria del tío Toni —**Cañas y Barro**— incansable en su empeño por desecar los campos de fango y agua salada para convertirlos en un mar de arroz apostando así por una forma de vida moderna frente a la perpetuación de una organización ancestral defendida por su padre. La vida del interior del país valenciano aparece desde otra perspectiva: la explotación del hombre por el hombre. **La Barraca** mues-



tra una rebelión de los aparceros frente a los amos, pésimamente dirigida, pues en vez de centrar el blanco en los propietarios dirigen su violencia contra un miembro del mismo campesinado; en la novela **Entre Naranjos**, el propósito del autor es poner al descubierto los entresijos de que se vale el caciquismo para explotar económica y políticamente al campesinado.

La postura de Blasco se va modificando en las diferentes novelas y no de una forma progresiva. Si en **Arroz y Tartana** hay una clara postura antiburguesa que aparece tanto en la concepción de heroína degradada con que aparece presentada la protagonista y su círculo social como en la adjetivación valorativa que en determinados pasajes se le escapa al que pretende ser frío narrador y en la ironía empleada en alguna ocasión como es el planto por el caballo difunto, sostén del honor familiar; en **La Barraca**, en cambio, encontramos un retroceso en lo ideológico, lo que no es obstáculo para que reconozcamos la extraordinaria calidad que hace de ella una joya literaria. En esta novela, según se desprende de su lectura, el interés del autor no se centra en plasmar unos hechos reivindicativos del campesinado, sino que lo que le atrae desde el primer momento a Blasco fue la posibilidad de crear un mundo novelesco poblado de seres primarios capaces de llegar a extremos de violencia inusitada empujados por pasiones extremas; así pues, el mundo rural atrae al escritor por el primitivismo con que puede presentar a sus habitantes justificando su conducta más por razones literarias —la estética naturalista es factor decisivo— que como consecuencia de un análisis de la realidad. Blasco Ibáñez cifra el comportamiento de los personajes en sus antecedentes morunos —recuérdese que la génesis de la obra tiene raíces literarias en un cuento del mismo escritor titulado «Venganza moruna»—, con lo que quiere seguir una concepción determinista de la existencia que en el escritor valenciano deriva de su admiración por la narrativa de Zola que en **La Barraca** lleva hasta el extremo de que incluso los hijos de los labradores, presionados por la sangre y el odio que envenena sus vidas, tiñen de violencia sangrienta sus relaciones con la familia Burrull hasta el punto de causar la muerte al más pequeño de los hijos. El retroceso lo vemos no por la presentación negativa del proletariado, sino porque la idea-fuerza que impulsa a los aparceros en su lucha contra los amos y que el autor desvía hacia Batiste y su familia —«la tierra

para los trabajadores»— es condenada para satisfacción de los propietarios de la huerta, la burguesía de la ciudad del Turia, sin que se abra esperanza alguna para los huertanos a quienes solamente llega del mundo civilizado —además de la explotación— el detritus de la ciudad que convierten en abono tras un penoso acarreo.

Más nítida será su postura en **Entre Naranjos**, pues su alegato contra el caciquismo sobrepasa al mismo Costa llegando hasta la cúspide del poder central; la contradicción entre ideología y práctica en lo erótico sirve para desenmascarar la honorabilidad de los líderes de la defensa de la moral tradicional al tiempo que se puede entrever la connivencia del poder político que, por supuesto, maneja también las riendas económicas, con el estamento eclesiástico.

Por situar el tiempo novelesco en los años de la Restauración y Regencia, el carácter crítico de su obra atañe, de una forma más o menos directa, al sistema canovista y a la ideología conservadora que lo sustenta.

Sin embargo no hay una postura coherente a través de todas estas novelas, lo que nos indica algo fundamental para entender la personalidad del escritor: Blasco, hombre de acción, concibe al novelista como un narrador de historias más que como un intelectual que interpreta la realidad que le ha tocado vivir. La meta fundamental será conmover al lector mediante la presentación de unos personajes broncos que se debaten acuciados por pasiones extremas que el novelista, demiurgo omnisciente, crea siguiendo la lógica del existir cotidiano. Blasco tiene conciencia de que hay que diferenciar al político del novelista, al agitador del creador de belleza; y esto es lo que le salva como literato, pues en aquellas obras en las que late de una forma más clara su preocupación política —tal es el caso de **Entre Naranjos** y mucho más claro se ve en **La Catedral**, novela en la que se puede encontrar un gran paralelismo entre su postura ante la cuestión religiosa y la que por esas fechas plantea en el Parlamento— la calidad artística decae, fenómeno que, por desgracia se ha repetido mucho entre los literatos españoles.

Por otra parte queda muy claro que si la mayor parte de estas novelas se centran en el mundo rural valenciano su tratamiento de los campesinos responde a un interés puramente estético que le lleva a postergar valores del campesinado para resaltar, en cambio, aquellos aspectos relacionados con el



Entierro de Vicente Blasco Ibáñez.

primitivismo en que se movía a finales del siglo —animalidad a flor de piel, condiciones ambientales nauseabundas, sexo, alcoholismo, agresividad...— por exigencia de la estética naturalista.

Blasco capta fríamente la belleza del paisaje y el drama interno del hombre que lo habita y lo transmite por medio de una narrativa que será consumida por los pequeños propietarios que votan al político «revolucionario» como despecho ante la forma de gobernar de una oligarquía más atenta a sus propios intereses que a la defensa de ese amplio sector de las clases medias que cada día se ve más hundido en la escala social y sueña con la nonnata revolución burguesa.

Es en sus novelas posteriores a este período cuando Blasco se aleja del mundo valenciano para cantar en las llamadas «novelas sociales» la epopeya moderna: la lucha del proletariado frente a la burguesía de finales de siglo y la desmitificación del soporte ideológico y de la fundamentación histórica que le sirve de soporte. Su estética se distancia del naturalismo en un intento por apresar la realidad social de la que seleccionará diferentes problemas, con desigual fortuna artística, pues, es uno de sus fallos, a veces sus propósitos son superiores a la calidad conseguida. En estas obras llega a su cima el interés de Blasco por el proletariado por lo que exigen un análisis totalmente diferente del que he-

mos utilizado al tratar de bosquejar en esta panorámica determinados aspectos de la creación de un escritor que sigue siendo altamente polémico hasta el extremo de que mientras la izquierda colabora en la erección de un monumento, pese a reconocer las múltiples contradicciones, la incapacidad para comprender el problema de las nacionalidades, sectores de la derecha lo dinamitan a los tres días. Al propio Blasco no le hubiera extrañado tal proceder acostumbrado como estaba en sus años de vida política activa a los más violentos contratiempos.

Su recuperación puede ayudarnos a comprender la España de la Restauración y los primeros años del presente siglo. El que entre su producción haya mucha ganga no ha de ser un obstáculo insuperable; con frecuencia se necesitan toneladas de escoria para obtener unos gramos de metal precioso.

En la ajetreada vida del hombre moderno puede resultar muy conveniente para su salud mental sentarse en el cuarto de estar y dedicar algún tiempo a la lectura; aunque hay narradores actuales cuya obra es, sin duda, mucho más reconfortante por el hálito de actualidad que en ella palpita, para ese amplio sector de la población española que confiesa no leer nunca el contacto con la narrativa de Blasco Ibáñez puede ser un medio muy eficaz para su familiarización con la lectura. ■ F. C.